

PARA PROFUNDIZAR EN LA FICHA 4

4. Más allá de la coherencia, la relación con una Presencia

Estas tres cartas cuentan hechos muy sencillos; en todas se ve cómo cambia el modo de vivir la escuela, las vacaciones y el estudio, no tanto por una capacidad fuera de lo normal, sino porque, como le sucedió a Pedro con Jesús, la relación con Su presencia, a través de la realidad concreta de la comunidad de GS, permite levantar la mirada.

Al principio de este cuarto curso de liceo he tenido la grandísima posibilidad de estrechar una amistad nueva y muy especial, una correspondencia a más de dos mil años de distancia con Lucrecio, un anciano y difunto literato de la antigua Roma.

Al principio este personaje extraño no me había inspirado una simpatía especial y, sin embargo, sucedió que durante una clase leímos un texto en el que él contaba cómo los nobles romanos, y en general los hombres, vivían su vida sumidos en el aburrimiento y buscaban poner remedio a esto cambiando de lugar constantemente y persiguiendo algo nuevo que ocupase su tiempo, sin conseguir encontrar una solución.

«Si los hombres pudiesen, pues está claro que sienten el peso que abrumba su ánimo y les atormenta y oprime, conocer las causas por las que esto sucede, y por qué ese fardo de pena permanece inmutado en el corazón, no pasarían tan desgraciada vida, tal como los vemos ahora sin saber qué desea cada uno, tratando siempre de cambiar de lugar en la ilusión de encontrar alivio.

A menudo escapa al aire libre aquel que en casa es presa del tedio, pero con frecuencia vuelve allí como quien se da cuenta de que fuera no hay nada que sea mejor. O con furia, espoleando los caballos, corre a sus tierras ansioso, como si tuviese que llevar socorro a su casa en llamas, pero en cuanto pisa el umbral, bosteza enseguida, se refugia en el sueño o se deja caer en el sopor, o incluso con gran prisa vuelve a la ciudad que había dejado.

Así es como cada uno huye de sí mismo pero, como es natural, no puede escapar de sí mismo y, a pesar suyo, sigue pegado a él y lo odia porque, enfermo, no conoce la causa de su mal. Si pudiese distinguirla con claridad, dejando a un lado todo, trataría en primer lugar de conocer las leyes de la naturaleza, pues no se pone en cuestión solamente el estado de un momento, sino del tiempo perpetuo en el que los mortales tendrán que pasar, una vez muertos, la edad que les espera, cualquiera que esta sea».

(Lucrecio, *De rerum natura*, III, vv. 1053-1075)

Lucrecio escribió este texto para demostrar que la filosofía epicúrea podía resolver el problema de la vida, proponiendo la eliminación de los males y de las inquietudes, propugnando que el hombre era capaz de bastarse a sí mismo. Esto me ha impresionado muchísimo: con muchos siglos de distancia, un hombre ha vivido mi misma situación, se ha dado cuenta, también él, de que a la vida le falta algo, de que todo puede ser un aburrimiento, una inquietud que nos obliga a huir de nosotros mismos.

Sin embargo, yo no quiero eliminar esta inquietud. Tomarse en serio este deseo y mantenerlo vivo cuesta trabajo, porque implica estar atenta en clase, estudiar en casa, profundizar, pero lleva también a una mayor alegría, porque muestra que la realidad es un descubri- »

» miento continuo, y está hecha así para nosotros aposta.

Cuando volví a casa después de clase me puse a estudiar con más pasión: ya no consideraba a Lucrecio como un viejo que no tenía nada que hacer más que escribir textos para desgracia de nosotros, pobres estudiantes, sino como un amigo, un amigo cuya diferencia puede ser una riqueza para mí.

Caterina, Desio

Para mí este año ha estado lleno de cambios. Los primeros se produjeron en la escuela, cuando supe que cambiaría nuestro profesor de historia y de filosofía. Al principio me asustaba un poco la idea, pero pensaba que podría ser, en cualquier caso, una ocasión para volver a empezar, para quitarme de encima la etiqueta que el profesor me había puesto el año anterior. En la Escuela de comunidad veía con frecuencia que mis amigos eran capaces de vivir el estudio no como un peso, sino con pasión, eran capaces de vivir realmente lo que se les ponía delante, empezando por la escuela. Yo nunca había comprendido cómo hacían para ver al profesor detrás de su mesa como una persona; no lo entendía, hasta que este año he conocido a la nueva profesora de filosofía. El primer día de clase nos llamó uno por uno para preguntarnos acerca de nosotros, y luego habló también de ella. Como tarea de casa nos pidió que escribiéramos una redacción sobre «Quién soy yo» o sobre «La búsqueda de la felicidad». Yo elegí el tema «Quién soy yo», pero no lo hice a fondo, porque me pareció que era una cosa forzada.

A pesar de eso, al día siguiente entregué la redacción. Cuando la profesora nos devolvió las redacciones leídas y corregidas, me di cuenta de que a todos les había escrito comentarios personales; a todos menos a mí. En ese momento entendí que ella había escrito un juicio a mis compañeros porque habían sido capaces de decir quiénes son, mientras que yo no lo sabía. Entonces sentí envidia de mis compañeros, deseaba ardientemente estar en su lugar, tenía el deseo de comprender quién era yo verdaderamente. Al miércoles siguiente hablé de ello en la Escuela de comunidad, y mis amigos, junto con la responsable, en vez de escandalizarse por la envidia que yo había experimentado hacia mis compañeros, se mostraron contentos por el deseo que habían visto nacer en mí. Me aconsejaron que hablara de ello con mi profesora y que le diera las gracias por haberme provocado y despertado ese deseo. Yo seguí su consejo. Después de haber hablado con mi profesora, ella me dio las gracias y allí, por primera vez, sentí que era yo misma, sin ninguna máscara. Cuando una semana más tarde me preguntó en clase y me puso un seis y medio, yo, ante mi asombro, en vez de quejarme como habitualmente porque «podía haberme puesto un siete», me sentí libre.

Elisabetta, Palermo

Este puente he estado en Parma, en casa de una amiga. Me había invitado un poco en el último momento, y no conocía a ninguna de las chicas que iban, más pequeñas que yo, pero igualmente decidí ir. Lo que sucedió el lunes por la mañana me llenó de asombro: estábamos estudiando alrededor de la mesa las nueve, en silencio. Yo estaba muy metida en mi estudio, pero en un momento dado levanté la vista y miré a cada una, también metidas en lo que estaban haciendo. Mirando sencillamente aquellos rostros, que no conocía hasta el »

» día antes, me puse a estudiar nuevamente amando lo que leía, amando el hecho de que se me había dado y tenía que ver conmigo. Siempre he visto el estudio como un peso que me producía inquietud y que tenía que hacer para pasar las tardes. No sé qué es lo que cambió en aquel momento, pero sé que la condición en la que estaba me hizo capaz de apreciar el libro que tenía ante mí. Creo que cuando las amistades te hacen desear amar cosas como el estudio, entonces son amistades verdaderas, que te ayudan más. A veces no es necesario estar hablando y contándose de todo; en ese momento descubrí que me había resultado útil estar en silencio, estar sencillamente cerca de mis amigas que hacían lo mismo que yo y ayudarnos en ese camino. Estoy agradecida por lo que me ha sucedido. Sé que de ahora en adelante no será siempre así con los deberes, me costarán todavía pero ahora ya sé a dónde tengo que volver para estudiar de un cierto modo, tengo un punto desde el que volver a partir. Le he dado las gracias a la amiga que me ha invitado, que me ha dado la posibilidad de pasar esos días con ella, en vez de estar en Milán dejando que me resbalaran las cosas que estudiaba. Sin ella no habría hecho este descubrimiento que me ha permitido crecer en un ámbito que todos infravaloran con frecuencia.

Sofía, Milán